

# EJERCICIO INTERIOR

---





Entrevista al arquitecto

## JUAN MARIO FERRER PAMPARATO

**Juan Mario Ferrer Pamparato** es un arquitecto salteño que actualmente reside en el litoral, alternando entre su ciudad natal y Paysandú. Comenzó su formación profesional en la Regional Norte en 1992, continuó sus estudios en Montevideo tres años más tarde y egresó en 2000. Ese mismo año hizo el viaje de arquitectura en calidad de estudiante, experiencia en la que volvería a participar en 2014 como docente.

Durante su formación en Salto fue estudiante del Taller Rodríguez Fosalba, y en Montevideo transitó por diversos talleres: Vanini, Yim y Neiro. Fue en la capital donde inició su carrera docente como estudiante honorario en la cátedra de Introducción a la Teoría y en el Taller Neiro. En 1999 ingresó como grado 1 al Taller Experimental en Salto, codirigido por un equipo de tres docentes grado 3 entre los que se encontraba Luis Vlaeminck. Desde que era estudiante presentó un fuerte interés por el área proyectual y las temáticas sociales de

la disciplina, como historia, teoría y sociología, y más tarde se orientó hacia cuestiones de escala territorial. Actualmente está realizando su tesis de maestría en Gestión Ambiental en la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina), enfocada en la inclusión de temas ambientales en la enseñanza del diseño; su tutor es Raúl Halac.

Trabajó en la administración pública, desempeñándose como coordinador de la Unidad de Diseño del Departamento de Obras de la Intendencia de Paysandú entre 2006 y 2010 y en el Área de Proyectos de la Intendencia de Salto entre 2010 y 2015.

Desde 2013 trabaja como docente del área de proyectos en la carrera de Diseño Integrado en la Regional Norte. Ferrer es, además, arquitecto de la Dirección General de Arquitectura de la Universidad de la República y desarrolla sus tareas en Salto y Artigas.

¿Cómo incidió en tu formación universitaria haberte trasladado a Montevideo?

Durante mi etapa de formación, pasar de Salto a Montevideo no significó un desprendimiento importante desde lo académico. Pero en Montevideo percibí cambios en cuanto a lógicas de funcionamiento de la facultad en general y de los talleres en particular, que pueden ser señalados como un quiebre respecto a la experiencia en Salto. En Montevideo cambia la exigencia de producción y aumenta el nivel de competencia tanto entre talleres como dentro del mismo taller. En Salto hay menor presión por “demostrar”, algo que acá es muy fuerte. En un contexto de masificación, el estudiante busca su camino y es posible que olvide cosas que traía incorporadas, en una lógica que lo tensiona y lo lleva a intentar sobresalir, a ser más arriesgado en sus propuestas. Me pasó eso, y creo que tiene que ver con el cambio de escala y con la masificación. Un aspecto propio de la masificación es el vínculo con los docentes. En ámbitos más reducidos, durante el proceso de aprendizaje hay mayor proximidad entre estudiantes y docentes, lo que permite mayor discusión y mejor conocimiento del trabajo del estudiante.

El cambio de escala tiene una derivación evidente en las lecturas e interpretaciones que se pueden hacer del contexto de intervención, no solo desde la dimensión física sino también desde la complejidad social. El pasaje a un territorio mucho más heterogéneo y diverso, que se percibe desde la propia dinámica urbana de la vida cotidiana hasta la fragmentación socioterritorial en un plano más amplio, es un indicador de las diferencias entre ambos contextos. O lo era en esa realidad de hace 20 años. Quizá en este momento esas diferencias estén menos marcadas, porque las ciudades del interior del país están experimentando lógicas similares a las de Montevideo en lo que refiere a las tensiones sociales.

¿Cómo podrías describir la actividad profesional en el interior del país?

El contexto en el que se trabaja es un dato determinante. Desde el punto de vista socioeconómico, Salto es uno de los contextos más complicados del país. El norte, en general, presenta rasgos diferentes al sur. Se trata de una realidad social que no puede ser ignorada a la hora de trabajar.

Si bien existe un mercado de trabajo que no se incluye en esta categoría, buena parte de los potenciales clientes manejan presupuestos ajustados. Esta condición conduce a que muchas veces haya que lidiar con recursos muy limitados y obliga a ser mucho más responsable y creativo en el uso de estos ya desde la actividad de diseño.

En este escenario, la mayor parte de la producción es de pequeña escala, por lo que el arquitecto asume casi todas las responsabilidades de la obra: en general no se trabaja con asesores. Creo que en el último tiempo se está recurriendo en mayor medida al asesoramiento para el diseño y el cálculo estructural. Esto cambia, obviamente, cuando los requerimientos del programa, ya sea por su complejidad o por su especificidad, hacen necesario recurrir a asesores; están presentes los técnicos adecuados, aunque a veces se recurre igualmente a asesores de fuera de Salto, gracias a la facilidad para la comunicación y la transferencia de datos de la que se dispone en la actualidad.

Uno de los mayores desafíos en Salto —y en esto coincidimos con algunos colegas— es la dificultad para conseguir mano de obra calificada. En la última década, y a partir del desarrollo de la construcción en el sur y en el este del país, se generó una emigración de personal especializado hacia esas plazas de trabajo, debido a la posibilidad de percibir mayores ingresos. Si bien hay gente muy valiosa, a veces es insuficiente y esos lugares que quedan vacantes deben ser ocupados por personas que están adquiriendo el oficio. Es posible que en este momento de enlentecimiento de la dinámica económica se revierta ese proceso.

Otra dimensión del contexto que resulta determinante es la condición climática. Sin duda, su consideración depende de la actitud del diseñador frente al problema, pero creo que la generación de respuestas adecuadas al clima es ineludible

¿Qué programas has tenido oportunidad de desarrollar? ¿Qué tipo de obras has realizado como profesional liberal?

para el diseño no solo en Salto o en la región norte, sino en cada lugar en que se trabaje, con las particularidades de cada caso. En esta zona, la incidencia del sol, el calor extremo, los vientos escasos y la humedad elevada son factores que deben ser contemplados al proyectar.

Como profesional liberal he desarrollado principalmente programas de vivienda. También algunos establecimientos agroindustriales. En verdad, por cuestiones personales, siempre he intentado trabajar en intendencias, lo que me permite hacer obras de espacio público o de edificio público, desde donde se pueda “hacer ciudad”. He tendido a trabajar en eso. En el interior, como profesional liberal, un altísimo porcentaje de los programas que se desarrollan son habitacionales, tanto de obra nueva como de reformas, y, en menor medida, locales comerciales o similares.

¿Cómo te vinculás con tus clientes? ¿Quiénes son y qué tipo de relación tienen?

Generalmente, los clientes llegan a mi estudio por intermedio de gente conocida. Me conocen, ya sea por amigos o por clientes anteriores. Son muy pocos los clientes que no vienen por esa vía. Con respecto a la relación, en general intento que el cliente participe en todo el proceso de la obra. Desde el anteproyecto conversamos mucho antes de hacer una raya; eso genera un vínculo. Esa instancia previa es muy valiosa, porque aún no se entró a una relación arquitecto-cliente. No hay imágenes disparadoras, ni referentes, ni ejemplos, sino que son diálogos en los que el futuro usuario puede explicar sin presiones todas sus expectativas y se pueden captar las ideas más espontáneas. Aunque durante el proceso de proyecto hay muchos vaivenes, en general esas primeras ideas son las que se mantienen hasta el final. El proceso es muy demandante al principio, pero facilita mucho el desarrollo de la obra, ya que se establece un vínculo muy cercano y continuo, de mucho intercambio.

¿Trabajás solo o con asociados?

Si bien generalmente trabajo solo, también lo he hecho junto con muchos colegas en el marco de proyectos colaborativos. Sin dedicarme demasiado a la actividad independiente, he tenido la posibilidad de trabajar con seis o siete arquitectos distintos, resultando de ello experiencias muy enriquecedoras. Sucede algo que probablemente también acá [en Montevideo] ocurra, no creo que sea una característica exclusiva del interior: cuando uno está con mucho trabajo, llama a otro colega. Es muy común compartir proyectos y trabajos.

¿Identificás algún vínculo generacional entre esos colegas que comparten trabajos?

En general, sí. Tiene que ver con la referencia generacional, con la coincidencia en la etapa de formación. A veces coincide que somos compañeros docentes en la Universidad, por ahí no hay un vínculo generacional sino por el ámbito en el que estamos. Pero principalmente creo que tiene mucho que ver lo generacional, sobre todo porque cuando se comparte una etapa de formación, se comparten los referentes que marcan las trayectorias individuales y también son determinantes para una generación. Estas coincidencias facilitan los vínculos profesionales.

¿Qué programas has desarrollado desde la administración pública?

Desde la administración pública he participado en varios programas de escala y complejidad muy diversa. Algunos no son estrictamente proyectuales, sino que están más vinculados con la planificación. Es el caso de Paysandú: desde la intendencia departamental participé en las instancias de planificación de un grupo organizado

desde la sociedad civil, Grupo Dinamizador de la Costa, conformado también por actores institucionales. Este trabajo, que consistió en una propuesta de desarrollo para todo el borde costero al norte de la ciudad, terminó con la concreción de un proyecto para un tramo de la rambla. También tuve la oportunidad de trabajar en proyectos de plazas nuevas y en reformas de espacios públicos en esta ciudad, en la construcción de espacios culturales y en algunas intervenciones de rehabilitación de edificios patrimoniales, entre otras.

En Salto participé en varias propuestas que apuntaban a la recalificación paisajística, como el proyecto del Muelle Negro y la continuación del parque, que incluía la vía y el espacio ferroviario sobre el arroyo Sauzal. Si bien el muelle se concretó, la realización del parque aún está pendiente. También en este grupo se cuenta el proyecto de recuperación de la costanera norte de la ciudad. En Salto también tuve la posibilidad de participar, y en algunos casos coordinar, algunos proyectos tradicionalmente más duros, como son las obras de vialidad, en los que se procuró superar la simple construcción de calles e incorporar la mirada desde la ciudad y el espacio público, en programas que en general no se abordan desde la integralidad.

También proyectamos equipamiento para las termas tanto en Paysandú como en Salto. Hubo reformas importantes, principalmente edilicias, en las termas del Arapey, algunas menores en las del Daymán, un pequeño plan de desarrollo para las de Almirón y una propuesta de reordenamiento de espacios y actividades en las del Guavivú.

El trabajo desde lo público abarca todas las escalas posibles, desde las casillas de guardavidas en las playas o los baños en una plaza hasta la planificación territorial. Esa es otra característica del interior; seguramente en una intendencia como la capitalina cada una de esas cosas pasa por diferentes ámbitos.

¿El programa de las piscinas surgió de ustedes o era una demanda de la sociedad?

Surgió a partir de una propuesta planteada durante la campaña electoral por quien posteriormente fue electo intendente. Hubo una primera experiencia exitosa en los años 90: se hicieron cuatro piscinas en diferentes barrios y se valoró como una intervención muy positiva. La administración anterior se propuso continuar con esta experiencia y proyectó ocho piscinas, de las que se construyeron solamente tres.

¿Qué diferencias percibís o percibiste entre el trabajo en una intendencia del interior y el ejercicio liberal de la profesional para un cliente privado del interior?

Se identifican muchas diferencias entre el ejercicio liberal y el trabajo en una intendencia —o entendido de manera más amplia— en el ámbito público.

Este último tiene la particularidad de no contar con un cliente concreto, o mejor dicho, se trabaja para un cliente de naturaleza compleja, que se manifiesta como colectivo heterogéneo a partir de las tensiones sociales y la comunicación mediática. Esto, que parece muy obvio, tiene fuertes consecuencias en el desarrollo de los proyectos, en la medida en que no existe la posibilidad de intercambios a nivel individual o en un ámbito grupal acotado, como ocurre generalmente con clientes privados. Si bien mediante instancias de participación de la población se puede tener insumos para trabajar, en general la opinión del usuario se manifiesta de modo indirecto. Es muy difícil —exceptuando los proyectos reducidos, en los que los actores y sus intereses se pueden abarcar en su totalidad— incluir todo el universo de instituciones y agentes sociales involucrados. En algunos casos, esta dificultad se presenta porque impera la lógica política, que demanda concreciones en el corto plazo que no se acompañan con los tiempos propios de los procesos que requieren las metodologías participativas; en otros, se produce por la dificultad para promover y comprometer la participación. En cualquier caso, es siempre deseable la implementación de metodologías de participación para enriquecer los procesos y los resultados. Esta relación impersonal

con el cliente exige poner en práctica otras habilidades, como la observación y la percepción, una mayor sensibilidad para entender los hábitos y la idiosincrasia de las personas involucradas, y, por sobre todo, desarrollar al máximo el sentido común. Esto supone trascender, y a veces dejar en un segundo plano, algunas expectativas personales del diseñador.

Otro aspecto diferencial es el componente político que debe incorporar el arquitecto cuando trabaja en la esfera pública. Esto no tiene que ver con la participación en cargos de responsabilidad o de confianza política, sino en el aporte desde el pensamiento técnico en el diseño y la implementación de políticas públicas, como puede ser la política habitacional, la de espacios públicos o la de gestión de residuos, entre otras. En estos casos, la participación del arquitecto está relacionada con una determinada política, desarrollada por un gobierno, y es bueno que exista ese involucramiento. Si bien esto tiene algunos aspectos negativos, también ofrece la posibilidad de incidir en las decisiones actuando desde ese rol técnico-político.

Finalmente, la gestión de la obra tiene una mayor dificultad en cualquier nivel de la administración pública que en el ámbito privado. Los procedimientos burocráticos son determinantes, principalmente en el tiempo y el desgaste que insume concretar una obra, aunque a veces también tiene consecuencias negativas en la propia calidad de ejecución.

